

Homenaje a Angel Ortiz Alfau

(Bidebarrieta 10 de mayo de 2000)

D. José F. de la Sota

Entre la vida y los libros

Vamos a hablar de libros, es decir, vamos a hablar un poco de Angel Ortiz Alfau, porque como sin duda saben los presentes en este homenaje, decir Ortiz Alfau y decir libro es incurrir en pleonasma o casi. Hay que decir, como Félix Maraña ha señalado, que Angel es hombre y libro. Hombre de libros. Un hombre que ha vivido y vive aún rodeado de libros y de amigos, que a lo mejor también vienen a ser lo mismo.

Allí donde haya un libro, donde se venda o compre, donde se hable de un libro o donde se componga o encuaderne es difícil que no esté Ortiz Alfau. Fíjense bien si no dan con su cara a la primera o si no identifican su característica gabardina bilbaina. Si hay libros o escritores de por medio, tiene que estar allí. En el peor de los casos, puede haberse marchado hace un rato o puede que esté a punto de llegar, nunca falla.

Angel Ortiz Alfau se ha pasado la vida leyendo, comentando, presentando, editando, y a veces –menos de las que deseáramos quienes le conocemos y apreciamos– escribiendo sus libros con una prosa pulcra, precisa y breve que recuerda la rica desnudez de Azorín, uno de sus maestros confesados. No estaría de más, por cierto, que alguien se decidiera a reeditar ese estupendo –y azorinesco– libro de Ortiz Alfau titulado *En la ruta de don Quijote*, espléndidamente ilustrado en su primera edición por el hermano del escritor, Rafael Ortiz Alfau, que además de notable acuarelista y excelente pintor, fue a lo largo de toda su vida el envés plástico de su hermano mayor. Entre los dos, basta ojear los libros en los que trabajaron juntos, se daba una simbiosis admirable. Ahora que tanto se habla del genoma humano y del mapa genético, alguien podría huronear en los genes de esta familia bilbaina que ha dado escritores, pintores y poetas como Gerardo Ortiz Alfau, autor de unos magníficos sonetos de corte existencial reunidos bajo el título de *El aire quieto*.

Pero volvamos a la ruta manchega y a las páginas de ese precioso libro escrito en el lejano otoño de 1963. La del Quijote ha sido otra de las felices fijaciones de AOA. Su obsesión cervantina le llevó en el lejano otoño de 1963 a emprender al volante de su Seat Seiscientos la ruta de El Quijote. Angel recorre el Campo de Criptana, Argamasilla de Alba, el Toboso, Puerto Lápice, y nos acerca a la inmortal novela de Cervantes sin apartar la vista del camino,

del panorama oscuro que se extiende a sus ojos, es decir, de la vida prosaica y miserable de unas genes que no han leído a Cervantes ni podrían hacerlo aunque quisieran. Entre la vida y los libros, Ortiz Alfau apuesta por la vida en este hermoso libro “recio y a veces áspero”, en palabras de Luis de Castresana, quien añadía en 1964: “La mejor manera de empezar a querer es conocer, y OA ha empezado conociendo bien La Mancha, contándonos bien alto la cara y la cruz de aquellos campos inmensos. Su pluma ha andado despierta a la hora de dar el palo, y no precisamente de ciego, sino de quien tiene muy clara la pupila.”

La pasión cervantina, como decimos, le lleva a acometer el quijotesco empeño de escribir nuevamente El Quijote. Ortiz Alfau de pronto se transmuta en una especie rara de Pierre Menard bilbaíno. Porque si Pierre Menard, la criatura nacida de la imaginación de Borges, puede ser el autor del Quijote, a Angel Ortiz Alfau le sobran méritos para ingresar en nómina. Junto a su hermano Rafael, en los años cincuenta, realiza un Quijote manuscrito con una deslumbrante introducción a cargo, nada menos que de Pío Baroja, José Martínez Ruiz, Eugenio D’Ors, Luis Astrana Marín, Jacinto Benavente y Ramón Menéndez Pidal (presidente de la real Academia a la sazón y que desliza, por aquello de que al mejor sastre se le escapa una puntada, una falta de ortografía en su texto). El ejemplar, una auténtica joya bibliográfica, fue donado por su autor a la Biblioteca Nacional, donde hoy se encuentra. Años después Ortiz Alfau se echó de nuevo al campo de Criptana quijotesco, en versión amanuense, y emprendió otro *Quijote*, está enriquecido con las opiniones de las personalidades literarias y artísticas de ámbito internacional más representativas del siglo. Desde Jorge Luis Borges a Yasunari Kawabata, pasando por autores de la talla de Aldous Huxley, Herman Hesse, Eliot o Albert Camus, además de Picasso, Jean Cocteau o Salvador Dalí. La capacidad de convicción de Angel Ortiz Alfau debió ser, al menos en aquel tiempo, poco menos que inconmensurable, porque logró reunir en torno a su proyecto quijotesco a los mayores genios del momento, un verdadero “dream Team” literario y artístico absolutamente irrepetible. A ninguno de ellos (y esto debieran apuntarlo en su agenda los donfiguras de hoy) se le cayeron los anillos a la hora de enviar sus respectivas cartas y opiniones a un joven escritor desconocido residente en Bilbao.

No es extraño que en 1972, con motivo del Año Internacional del Libro declarado por la Unesco, Angel Ortiz Alfau fuese galardonado con el Premio Plaza & Janés. Desde la Hoja del Lunes de Bilbao Angel contribuyó a que nuestra villa no fuese un páramo cultural completo. Y supongo que el homenaje que hoy se le tributa tiene algo que ver con esa actividad robinsoniana en el Bilbao franquista. No conviene olvidarlo en todo caso. No conviene olvidar que la ciudad tiene una deuda con Ortiz Alfau o otras gentes como él. Pocos han dedicado tanta energía y entusiasmo y tiempo a fomentar entre sus convecinos la ilustración y el libro, es decir, la civilización y la cultura. Como

sabían bien Gabriel Aresti o el mismo Blas de Otero, ni en el Ensanche de Bilbao ni en Neguri abundaron los Medici. Y uno se ha preguntado en más de una ocasión por qué demonios Angel Ortiz Alfau, con ese ramalazo regeneracionista y ese afán culturesco, no nació en algún Manderley negurítico para hacer de Bilbao una Atenas del Norte sin retórica o un centro editorial como la Barcelona de los años cincuenta y sesenta. A lo mejor hubiese convencido a Barral, o a Esther Tusquets o a Beatriz de Moura para que se instalasen en Colón de Larreategui en lugar de en la calle Aragón. Y a lo mejor los escritores vascos no se hubiesen tenido que poner en la famosa cola madrileña. En fin, quién sabe.

El caso es que Angel se ha pasado la vida animando a la gente a leer y a escribir, predicando en favor de ese invento, tecnológicamente insuperable denominado libro. Angel es un bibliófilo, un bibliómano y no sé si un bibliólata, juraría que sí. Su adoración al libro, en todo caso, es pública y notoria. Si alguien nos obligase a componer uno de esos abecedarios literarios a los que tan aficionado es Bernardo Atxaga, no tendríamos duda al elegir la entrada de la L. Ele de libro, claro, inevitablemente, pero también, después o al mismo tiempo, ele de Libre. “Sólo el hombre de libros”, escribe nuestro homenajeado en un artículo publicado en 1972, “puede sentirse auténticamente libre”. Con fervor evangélico nos dice que hay que hablar de los libros “para que el pueblo intime con ellos, con la lectura”. “Su libro como su pan”, escribe en otro artículo. “El libro nuestro de cada día.”

Pero volvamos, antes de terminar, con el abecedario interrumpido. Retrocedamos desde la letra L hasta la B, cuya importancia en este diccionario improvisado de Angel Ortiz Alfau es capital. B de Bidebarrieta y Biblioteca. Seguramente Angel, como Borges, concibe el paraíso como una biblioteca interminable. Gracias a él muchos bilbainos, entre los que me incluyo, hemos aprendido que los libros que habitan entre los anaqueles de una biblioteca pueden ser una patria, un territorio sin límites ni mugas, un espacio habitable y un lugar de debate y diálogo. También un puerto de claridad en los días de borrasca, en esos días hoscos, esquinados, azotados por el turbión helado de la muerte.

Pero la B –sigamos con la B– no se agota tan fácil en el abecedario de AOA. Tenemos una B de Biblioteca, pero también tenemos otra B, igual de inexcusable e importante. Es la B de Bilbao. Comenzaba esta charla diciendo que hablar de Angel y de libros era casi incurrir en pleonasma. Otro tanto sucede con Bilbao. Sin su ciudad, sin la influencia y la marca de la villa de su amado Unamuno, AOA no sería quien es. Y tampoco, me temo, Bilbao sería lo mismo sin este priodista y escritor que lleva media vida o vida y media trabajando por su ciudad de la mejor manera que puede y sabe, escribiendo y sirviendo a sus conciudadanos con generosidad. Angel ha rescatado del olvido a numerosos escritores bilbainos y ha apoyado a todos quienes escriben o escribimos ahora mismo en Bilbao. Sólo por eso merecería ser reconocido.

Pero hay más. Porque a la B de biblioteca y a la B de Bilbao debemos añadirles una tercera B. Una B sin la cual las otras dos no tendrían el mismo sentido. Una B de hombre bueno más importante, para quien esto escribe, que todos los bilbaos y todas las bibliotecas del planeta.

Hace unos cuantos meses, antes de su fallecimiento, Buero Vallejo afirmaba que deseaba que se le recordase no como un dramaturgo excepcional, sino sencillamente como un hombre bueno. Hace un par de años, el Nobel José Saramago nos recordaba que, aunque su padre nunca leyó un libro, porque era analfabeto, fue sin embargo un hombre extraordinario porque fue un hombre bueno. Angel Ortiz Alfau es, como ha hemos dicho, hombre de libros, es casi un hombre libro (un hombre libre) y es un hombre, también, de biblioteca. Yo sé que Ortiz Alfau, como buen irenista, cree fervientemente en la bondad intrínseca de libro. Ahí discrepo con él. Yo creo que la suya, la bonhomía de Angel Ortiz Alfau no depende tan sólo de los libros. No sé si decir esto en una biblioteca es pecado de lesa cultura, pero todos los libros del mundo son poca cosa al lado de una buena persona, de una buena mujer o de un buen hombre. “Yo doy todos mis versos”, nos dice Blas de Otero en uno de sus poemas memorables, “por un hombre en paz”. Angel lo es. Es un hombre de paz y un hombre bueno a pesar de sus libros o por ellos, da igual, eso es lo que quería señalar esta tarde de mayo en esta biblioteca, nada más.

José Fernández de la Sota

10 de mayo de 2000